

Gonzalo Calcedo

# Las inglesas



menos**cuarto**

*reloj de arena*

Colección dirigida por FERNANDO VALLS



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del  
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

© Gonzalo Calcedo, 2015

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2015

ISBN: 978-84-15740-28-5

Dep. Legal: P-281/2015

Diseño de colección: ECHEVE

Fotografía de cubierta: MP

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (Palencia)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 70 12 50

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi hijo, una vez más, por estar en  
la edad y merecerlo.*

«La primavera en la que cumplí los dieciséis años, lo que yo quería conseguir por encima de todas las cosas era llegar a triunfar cuando fuera mayor. No conocía otro modo de ser amado.»

HAROLD BRODKEY

*First Love and Other Sorrows*

# Tesoros

Recuerdo que el alféizar de mi ventana era como un nido de urracas. Había dos macetas de terracota y un manto de objetos minúsculos que Mikel lanzaba contra el cristal. Monedas, chapas, nueces y esquirlas de concha se me clavaban en los codos cuando, ya harta, abría la ventana para arrojarle el agua sucia de la tetera. Mikel me sacaba tres años y había dejado el instituto. Con los empleos familiares ese tránsito era habitual. Oponerse suponía dar la espalda al pueblo costero en el que generaciones desempeñaban el mismo trabajo. Una traición imposible para Mikel, cuyos hermanos y tíos faenaban en pesqueros con la naturalidad de quien prende un cigarrillo. El régimen de mareas hacía que sus visitas fuesen tempestuosas y algo lunáticas. No podía ser de otra manera.

A nuestra casa le había crecido tiempo atrás una joroba en forma de hotelito. Aunque quizás la malformación fuese ya el hogar y no el negocio. Del hotelito se encargaban mis padres y, en temporada alta, un par

de chicas mayores a las que el invierno desplazaría a otros servicios. Allí el futuro era presente y estudiar se antojaba una insolencia; la juventud prefería emplearse cuanto antes, manejar dinero para coches destartados y cerveza. Había poco donde elegir. Con una recomendación podías pasarte la vida en la conservera, regando tripas de pescado con una manguera, o tentar la suerte en una agencia inmobiliaria. Por el momento yo tenía el privilegio de estudiar y los fines de semana de invierno buscaba una cáscara ermitaña donde esconder mi vergüenza. Entonces surgía Mikel lanzando sus amuletos contra el cristal. Era persistente, terco como los perros apaleados del pueblo, que no dejaban de buscar comida en el mismo plato aunque les sacudiesen el lomo.

Recuerdo su cara redonda y pecosa, algo inexpresiva, como si gesticular resultase un lujo. El cabello rojizo de su familia manchaba de óxido su cabeza y desnudaba las orejas. Había decidido afeitárselo para evitarse complicaciones higiénicas a bordo y a mí me gustaba pasarle la mano por encima centímetro a centímetro, sintiendo en las yemas de los dedos los detalles de su cráneo. Como si leyese braille, muy pocas palabras, malsonantes en general.

—¿Lo has notado? —me dijo en una ocasión.

—¿El qué?

—Más abajo y un poco a la derecha.

—¿Aquí?

Como no lo encontraba, su manaza atrapó mi muñeca para dirigirla sobre aquel globo terráqueo repleto de circunnavegaciones y tierras por descubrir.

—Aquí.

Sentí algo vivo, todavía palpitante. Como le había crecido el pelo tuve que escarbar un poquito con las uñas hasta distinguir los bordes de la brecha.

—Un motón suelto —dijo.

—¿El qué?

—Una polea. Mi hermano me la lanzó para que hiciese una parada de campeonato, pero me avisó tarde y la paré con la cabeza.

—¿Te dolió?

—No más que otras veces. Un beso y se curará.

—Hoy no estoy para besos.

Retiré la mano. Era enero. Hasta bien entrado marzo el hotelito no empezaría a desperezarse. Antes se repintarían algunas habitaciones y tal vez un toldero viniese a tomar medidas para cambiar la carpa del pabellón, una recogida terraza que era nuestra esperanza. Coincidiendo con el fin de curso abriría sus puertas y las bandadas de turistas encantados de hollar aquella tierra alegrarían mis días. Hasta entonces disponía de Mikel.

Agotado, él había cerrado los ojos y lentamente, sin que yo opusiese resistencia, se había ido adueñando de mi cama. Por la ventana mal cerrada se colaba un aire frío, de borrasca del norte. Ese descuido era la estrategia habitual de Mikel: con el cuarto convertido en refrigerador yo acabaría cediendo y nos meteríamos juntos en la cama, cubriéndonos la cabeza con la sábana. Sucedió a menudo. Respirábamos el dióxido de carbono de nuestras risas mientras la blanca tienda de campaña se iluminaba al paso de un claro. El cuerpo de Mikel era

duro, incómodo, un armazón de madera al que hubiesen pegado bultos de trapo. Sus articulaciones crujían. Por la humedad, solía decir.

Nunca hacíamos nada. Tampoco era amor. Era el mundo de Mikel y el mío y fuera, a ratos condescendiente, a ratos cruel, el tiempo del invierno vaciando las calles y esparciendo su mal humor por las dos tabernas abiertas todo el año.

—¿Seguro que no te duele? —volví a preguntarle.

—No. Pero vi las estrellas cuando sentí el golpe.

—¿Por qué la gente dice eso? No creo que se vean estrellas.

—Yo tampoco —me dijo Mikel tras un minuto de silencio—. Lo vi todo negro.

El universo se resumía en Mikel. Era mi pasatiempo. Sin Mikel leía o me colaba en el comedor del hotel a ver la televisión. Las contraventanas de la sala estaban cerradas, olía a polvo. Las sillas aguardaban volcadas sobre las mesas. Bajaba una y la plantaba en medio. Con el mando a distancia iba triturando canales. Arriba, en el ángulo de la pared y el techo, el vanidoso televisor proyectaba una niebla blanquecina, de holandés errante. Para no quedarme helada me ponía por encima una manta. Las voces sonaban huecas, la música se perdía. Si las películas no me gustaban me daba una vuelta por el hotelito arrastrando la manta. Dieciséis habitaciones, ninguna suite, nada que destacase y me hiciera soñar. Las piezas eran monocromáticas, celdas de monje con sus camas

obcecadamente hechas soportando el letargo invernal. A veces me tumbaba en una y miraba el techo. No encendía ninguna luz. Llevaba conmigo una linterna de petaca que me cabía en la palma de la mano y con la que hacía sombras chinescas: conejos, perros, pájaros que remontaban el vuelo.

Antes de salir y devolver la llave a su casillero, alisaba la cama para mantener aquella ilusión de disponibilidad.

En una ocasión me desnudé por completo en el comedor y sentada, con la manta ornamentando mi trono, observé a la luz del televisor cómo el vello se me erizaba. Toda yo era nívea, submarina. Estaba temblando y me puse a prueba. Contaba hasta diez y volvía a empezar. Mikel me decía siempre que el frío era una cuestión de temperamento. Él tenía sus convicciones. Nada le detenía. Dominaba las olas, las resacas, aquellas marejadas demenciales que bramaban en la costa y te volvían loco por las noches. Contuve la respiración un minuto. Luego oí pasos y avergonzada me vestí corriendo, apagué el televisor y salí. La voz que escuché en el vestíbulo era la de mi padre.

—Estaba buscando al gato —le dije—. Ha vuelto a escaparse.

Pero no teníamos gato. El veneno había acabado con él en otoño, desmintiéndome. Mi padre debía de estar pensando en otros asuntos, porque asintió y se fue a hacer su ronda de disgustos y propósitos aplazados. Yo volví a mi cuarto, doblé la manta para guardarla en el armario y me acosté. No tenía sueño. No tenía ami-

gas cerca. No tenía teléfono. Tenía a Mikel y sus talismanes.

Ya acostada soñé con irme. No había dolor en la separación. Mis padres acogían mi decisión con generosidad y el hotelito quedaba atrás lentamente, refugiado en las instantáneas de las postales. Cuando me iba del pueblo en el autobús de línea, el océano colmaba el horizonte rellenando los huecos dejados por las montañas e imaginaba a Mikel domando las olas. Le escribiría explicándole todo, aunque probablemente leer la carta le diese pereza y terminara por olvidarla. Le escribiría más cartas, por supuesto, hasta que su silueta quedara del todo difuminada y la dirección de envío perdiese sentido para mí. Pero hasta que ese momento llegase seguía contando con sus visitas. Estaba enamorado de mí. Eso decía cuando era capaz de juntas tres palabras y hacer una frase.

Un día arrojó un puñado de clavos contra la ventana. Fue como si granizara. Me levanté de la cama. Ya había amanecido y al asomarme le vi en el patio trasero, vestido con su traje de aguas amarillo. Las negras botas relucían como sapos. Tenía la capucha puesta y un ribete de gotas recorrían el borde cayéndole sobre el rostro aninado. Sonrió incólume, insensible al frío.

—¿Puedo subir?

No le había dicho que sí y ya retumbaban los bidones de gasoil sobre los que se aupaba como un simio; los arcoíris del agua retenida en las tapas temblaron bajo sus pisadas.

—No hagas tanto ruido. Mis padres están durmiendo.

—¿Y cómo sabes que están durmiendo? —resopló en mi cara acalorado, un aliento afrutado, juvenil—. Seguro que están haciendo sus cosas.

Todavía tenía medio cuerpo fuera. Estaba en mis manos. Aunque era fuerte podía haberle empujado. En lugar de eso dije invitándole a entrar:

—No tengo ningún interés en saber a qué te refieres. Y quítate las botas. No me pongas el cuarto perdido.

Las macetas se movieron cuando su corpachón pasó a través de ellas. Sentado en mi silla de estudiar se quitó las botas y el pantalón de aguas, luego el chaquetón marinero. Del plástico amarillo brotó un Mikel más delgado y ligero. Llevaba un jersey de cuello alto que empezó a sobrarle enseguida.

—¿Puedo quitarme más ropa?

—Ni lo sueñes.

—¿Me dejas poner los calcetines en el radiador?

Respondí con un no de maestra de escuela. Resignado, me contó que acababan de desembarcar y que la jornada había sido un desastre: no habían conseguido capturas suficientes para pagar el combustible; al patrón, su padre, las cuentas seguían sin salirle. El océano no estaba siendo muy generoso últimamente. ¿Acaso la gente había dejado de comer pescado?

—La culpa no es de la gente —le dije—. Sois muchos pescando. Pobrecitos peces.

Se me quedó mirando abúlico, como si no comprendiera mi ironía o no supiera interpretarla adecuadamente. Traté de remediarlo con una carantoña.

—Vamos, no he dicho ningún disparate.

—Un hombre se cortó la mano. Un tajo enorme. La sangre corría por la cubierta y el agua salada se la llevaba, pero seguía habiendo más. Le han llevado al hospital para coserle, pero no creo que pueda mover bien los dedos.

Él mismo encogió su mano derecha, recreando una deformidad, y yo imaginé dedos amputados, tendones inútiles, la rudeza del trabajo y el reuma destruyendo las manos de Mikel al cabo de los años. Miré las mías, todavía tiernas. Estaba sentada en la cama, evocando al Mikel jovencuelo que siempre llegaba tarde a clase y se comportaba como un neandertal. Al muchachote que daba su merecido en el patio a los que se reían de él. Así, entre peleas, había terminado su vida de estudiante.

—¿Tienes novio? —me preguntó en voz baja.

—Ya sabes que no.

No le estaba mintiendo, pero él miró mis labios sin fiarse. Sonreí para calmarle.

—En serio, no tengo novio. No me gusta ningún chico. ¿Quieres que te lea en voz alta?

Se dormía enseguida con mi voz, pero no podía oponerse a mis deseos: novelas estúpidas, tan semejantes unas a otras que parecían una sola, una carrera de relevos con heroínas hipócritas y donjuanes barbados. Historias de amor que sonaban rancias y nocivas en aquel cuarto. Mi voz se elevaba sobre la lluvia y el viento, sin desafiarlos en realidad. Eran mi atrezo. Me servía de ellos para realzar los pasajes más impetuosos, aunque Mikel ya se había quedado dormido en la silla y mi pena

por verle así convertía las historias en monumentales mentiras.

Posaba el libro en la mesilla y me acercaba a él. La barbilla le rozaba el pecho. A veces se le descolgaba una párvula baba de la boca. Le llamaba por su nombre suavemente y ni se inmutaba. La casa estaba en paz, como si la presencia de Mikel formara parte de ella y los dioses del Olimpo hotelero le bendijeran. Recogía sus botas caídas y las ponía junto a la silla, doblaba su pantalón marcando una raya imaginaria, sacudía el chaquetón para que las últimas gotas se desprendiesen. La grosera ropa de un marido convencional. Hacía calor en nuestro ficticio hogar y aquellas prendas, al secarse, perdían lustre y exhibían sus rozaduras, las heridas que el mar dejaba en ellas. La inmutable humedad manchaba el papel pintado y sudaba en los cristales. Pasaba mi mano por su cabello temiendo encontrar otra brecha. La vena de la sien palpitaba bajo una costra curtida y parda.

—Tienes que irte, cariño.

Volvía a la vida con una sonrisa tontorróna en los labios y era como si me hubiese conquistado.

Mikel perseveró en sus intentos por conseguirme. Con el tiempo perdió la poca delicadeza que le quedaba y yo me defendí con patadas y cojines. Dejé de abrirle la ventana. Desde arriba le amenazaba con aceite hirviendo o las mismas macetas. Nos enemistamos, aunque mi desapego tenía más que ver con el pueblo en sí que con él. Quería mutilar el calendario, acelerar las estaciones